

Maceo

Colección Ariel

N.º 20

PRECIOS :

El número suelto 10 cénts.
 La serie de cinco números.. 50 »
 La serie de diez números... 1 colón
 El abono se hace adelantado

PUBLICACIÓN ECONÓMICA
 DE ESCOGIDA LITERATURA
 INTERNACIONAL, ANTIGUA Y MODERNA
 en folletos de 32 páginas
 CASILLA 533

Al servicio de las ideas y de los ideales

CONTENIDO

	Pág.
LAFCADIO HEARN.— <i>Haru</i>	1 ✓
ROBERTO BRENES MESEN.— <i>Critica y Bibliografía</i>	7 ✓
MONTESQUIEU.— <i>Sin virtud no hay democracia</i>	15 ✓
MANUEL UGARTE.— <i>La voz del pueblo</i>	18
<i>Los obreros</i>	19
<i>Sol de sangre</i>	20 ✓
DR. GUSTAVO LE-BON.— <i>Aprender haciendo</i> ..	21 ✓
MARCELINO BERTHELOT.— <i>La Ciencia y la Moral</i>	25 ✓
JULIO PAYOT.— <i>El Periodismo</i>	27 ✓
DR. J. HERICOURT.— <i>La castidad no hace daño</i> ..	28 ✓

San José, Costa Rica
 IMPRENTA DE AVELINO ALSINA
 1908

PUBLICACIONES RECIBIDAS

Como envío de la Librería Hispano-Americana de G. Pueyo, Madrid:

La Bruta, de Felipe Trigo y *La Cópula*, de Salvador Rueda. En el número próximo haremos un estudio de esta última obra.

Gérmén.—Año II. N.º 17. Por vez primera nos llega esta revista mensual de sociología, editada en Buenos Aires, República Argentina. Está dedicada á la propaganda de ideas libertarias.

L'Ecole Renovee.—Año I. N.º 1. También nos llega por primera vez esta revista de Bruxelles, rue de l'Orme, 76. Está al servicio de la elaboración de un plan de educación moderna y es el órgano de la *Ligue Internationale pour l'Education rationnelle de l'Enfance*, cuyo asiento está en París 21, boulevard Saint Martin. La edición española de *L'Ecole Renovee* será el *Boletín de la Escuela Moderna* de Barcelona, 596, calle de Cortés. En el número que tenemos á la vista aparece el programa de *L'Ecole renovee* y las bases de la *Ligue*; ambas encierran propósitos muy interesantes. En esta publicación se discutirán todas las ideas y tentativas que se relacionen con la renovación de la escuela actual. Como se vé, conviene que la adquieran los maestros estudiosos que deseen conocer «la discusión de las ideas generales sobre el cultivo físico, intelectual y moral del niño, tal como resultan de las informaciones de la ciencia moderna y de acuerdo con las actuales necesidades sociales.» Hemos señalado en este número para traducir algunos párrafos de *Une Lettre* (Una Carta) de Kropotkine, en la cual el célebre revolucionario ruso hace algunas consideraciones muy juiciosas sobre la obra presente de la escuela. El artículo de J. F. Eslander sobre *L'Education naturelle* también hace pensar.

COLECCIÓN ARIEL

Nº 20

Haru

Haru fué educada principalmente en su casa, según aquel procedimiento pasado de moda que producía uno de los tipos más delicados de mujer que se han visto en el mundo. La antigua educación doméstica cultivaba la simplicidad del corazón, la gracia natural de las maneras, la obediencia y el amor al deber, como no se ha cultivado nunca más que en el Japón. Este producto moral parecía algunas veces extraordinariamente gentil y bello, aun á los que no pertenecían á la vieja sociedad japonesa; pero no era la más juiciosa preparación para la vida dura de hoy día, en medio de la cual persiste aun. Las jóvenes finas eran educadas para estar teóricamente á merced de su marido. No debían pensar nunca en mostrarse celosas, entristecidas ó irritadas, aún en las circunstancias más abonadas para ello; se esperaba que venciesen los defectos de su señor solamente por medio de la dulzura. De modo que se requería que fuesen casi sobrehumanas, para realizar, al menos en apariencia, el ideal del perfecto desinterés. Y esto lo habían de hacer con un marido de su propio rango, de discernimiento delicado, capaz de adivinar sus sentimientos y de no herirlos jamás.

Haru procedía de una familia mucho mejor que la de su marido, y era una criatura demasiado buena para él, á causa de que él no podía realmente comprenderla. La habían casado muy joven, y había sido pobre al principio, y había gradualmente mejorado de posición, porque el

marido de Haru era un hombre hábil para los negocios. Algunas veces pensaba que su marido la había amado más cuando estaban en peor posición, y una mujer es difícil que se equivoque en tales materias.

Siempre se hacía sus vestidos, ó dirigía su costura. Velaba por las necesidades de su esposo: le ayudaba á vestirse y desnudarse, lo hacía todo confortable para él en su linda casa, le despedía de un modo encantador cuando salía por la mañana á sus negocios, é igualmente le recibía á su regreso; atendía á sus amigos exquisitamente; dirigía los asuntos domésticos con extraordinaria economía, y jamás pedía favor alguno que costase dinero. En realidad, apenas necesitaba de tales favores; porque nunca era él mezquino, y gustaba de verla lindamente adornada, cuando parecía una linda mariposa de plata oculta en los pliegues de sus propias alas, y la llevaba á los teatros y á otros lugares de recreo. Hacían juntos excursiones placenteras y famosas para contemplar el florecimiento primaveral de los cerezos, ó el brillo de las estrellas fugaces en las noches de estío, ó el tinte cárdeno otoñal de los plátanos. Y, algunas veces, pasaban un día entero á orillas del mar, en Maiko, donde los pinos parecen balancearse como jóvenes bailarinas, ó pasaban una tarde en Kiyomidzu, en la vieja casa de verano, donde todo parece un dibujo de hace quinientos años, y donde hay una gran umbría de monte alto, y una canción del agua que corre fresca y clara desde cavernas, y la continua queja de flautas invisibles que suenan dulcemente en el camino antiguo, con un tono de caricia, de paz y de tristeza oculta, semejante á la luz de oro de un sol moribundo que brilla en el espacio azul.

Excepto para gozar de estos pequeños placeres y excursiones, Haru salía raras veces de su casa. Sus parientes y los de su marido, vivían en regiones muy distantes; hacía pocas visitas. Gustaba de permanecer en casa, arreglando flores para las habitaciones ó para los dioses, decoran-

do los aposentos y dando de comer á los dorados peces domésticos del estanque del jardín, que sacaban la cabeza del agua cuando ella llegaba.

No tuvo hijos, que aportaran nuevos goces ó penas nuevas á su vida. A pesar de su tocado de casada, parecía una doncella; era sencilla como un niño; pero poseía tal capacidad para comprender los pequeños menesteres de la vida, que su marido la admiraba y le pedía consejos en muchos casos importantes. Quizá era su corazón el que juzgaba, más bien que su linda cabecita, pero, instintiva ó no, su opinión nunca aparecía errónea. Fué feliz con su marido durante cinco años, período durante el cual, pareció considerarla como cualquier negociante japonés puede considerar á una esposa de carácter más delicado que el suyo.

Más tarde, las maneras del esposo se enfriaron repentinamente, tan repentinamente, que la mujer sintió con seguridad que la razón de este cambio no era la que puede temer toda esposa sin hijos. Incapaz de descubrir la causa real, trató de persuadirse de qué había sido remisa en el cumplimiento de sus deberes; examinaba en vano su conciencia inocente, y juzgaba con verdadera dureza sus actos. Pero él permanecía inmovible. No decía palabras groseras; pero ella sentía al través de su silencio que refrenaba la tendencia á pronunciarlas. Un japonés de una clase elevada es incapaz de dirigir palabras groseras á su mujer. Esto es juzgado como vulgar y como brutal. El hombre educado, de disposiciones normales, responderá siempre á los reproches de su mujer con frases gentiles. La etiqueta común, según el código japonés, exige esta actitud á todo hombre noble; además, es la única segura. Una mujer refinada y sensible no se someterá mucho tiempo á un tratamiento grosero; una mujer vehemente puede hasta matarse por una brusquedad empleada en un momento de pasión, y tal suicidio constituiría la desgracia del marido para toda su vida. Pero hay crueldades lentas, peores y más eficaces que las malas

palabras: el olvido ó la indiferencia, por ejemplo, propios para despertar los celos. Una esposa japonesa no deberá nunca mostrarse celosa; pero el sentimiento es más viejo que toda educación, tan viejo como el amor y casi tan extenso como la vida. A pesar de sus disfraces pasionales, la esposa japonesa siente lo mismo que sus hermanas de Occidente, lo mismo que estas hermanas suyas que rezan mentalmente, mientras alegran alguna reunión de la tarde con su belleza y elegancia, por la llegada de la hora en la cual recobrarán la libertad para desahogar á solas su pena.

Haru tenía motivos para estar celosa; pero estaba demasiado perturbada para comprender, en un principio, la causa, y sus servidoras la amaban demasiado para sugerírsela. Su marido tenía la costumbre de pasar las veladas en su compañía, ya en casa ya en otra parte. Pero ahora, noche tras noche, se marchaba solo. Al principio, había puesto por pretexto algunos quehaceres; después no ponía ningún pretexto, ni siquiera le decía cuándo pensaba volver. Ultimamente, también la trataba con silenciosa rudeza. Había cambiado, «como si hubiese un duende en su corazón» decían las sirvientes. En efecto, había sido diestramente cogido en un lazo puesto para cazarle. Un susurro de una geisha había transido su voluntad; una sonrisa había velado sus ojos. Era mucho menos bella que su esposa; pero era muy hábil en tejer telas, telas de ilusión sensual, en las cuales rodeaba á los hombres débiles, y constantemente apretaba más y más en torno de ellos hasta la hora final de la burla y de la ruina. Haru ignoraba. No sospechó el agravio hasta después que la extraña conducta de su marido se hizo habitual, y aun entonces, sospechó solamente porque vió que su dinero pasaba á manos desconocidas. Nunca le había él dicho dónde pasaba las noches. Y temía preguntar, no fuese á creerla celosa. En vez de exponer sus sentimientos con palabras, le trataba con tal dulzura, que un marido más inteligente lo habría

adivinado todo. Pero, excepto en sus negocios, estaba como estúpido. Continuaba pasando las noches fuera, y conforme su conciencia se embobaba, sus ausencias se hacían más largas. Haru había pensado siempre que una buena esposa debe esperar por la noche en vela la vuelta de su señor y, por hacerlo así, sufría trastornos nerviosos y febriles en la soledad de su espera, después que las sirvientas, bondadosamente despedidas á la hora habitual, la dejaban á solas con sus pensamientos. Una vez no más, que su marido volvió muy tarde, le dijo: «Me apena que estés levantada hasta esta hora por mí; no esperes tanto otra vez.» Después, como temiese realmente haberla causado pena con sus palabras, ella sonrió complacientemente y replicó: «No tenía sueño, ni estoy cansada; no te preocupes de mí.» Así, dejó de pensar en ella, satisfecho con la creencia en sus palabras; y no mucho después de esto, se quedaba fuera de casa toda una noche. La noche siguiente hizo lo mismo, y una tercera noche también. Después de estas tres noches de ausencia, dejó aún de asistir á la comida de la mañana; y Haru comprendió que había llegado el momento en que su deber de esposa la obligaba á hablar.

Esperó durante todas las horas de la mañana, temiendo por él, temiendo también por ella misma, conciente, al fin, del agravio por el cual el corazón de una mujer puede ser herido más profundamente. Sus fieles sirvientas le habían dicho algo; el resto podía conjeturarlo. Estaba verdaderamente enferma y no lo sabía. Comprendía sólo que estaba colérica, extraordinariamente colérica, á causa de las penas sufridas; se sentía cruel, trastornada por el dolor. Llegaba mediodía y aún permanecía pensando cómo podría decir, del modo menos egoísta posible, lo que ahora estaba en el deber de expresar, la primera palabra de reproche que jamás había pasado por sus labios. En aquel momento, su corazón latió con un choque que hizo borrarle todas las cosas é inundó su vista con un torrente vertiginoso; por-

que había oído el sonido de las ruedas del kuru-ma y la voz de una sirvienta, que decía: «*El señor se ha honrado volver.*»

A su entrada hizo un esfuerzo por recibirle; todo su débil cuerpo temblaba, á la vez, de fiebre, de dolor, y de terror de manifestar su pena. Y el hombre estaba atemorizado porque, en vez de recibirle con la acostumbrada sonrisa, asió el pechero de su vestido de seda con una mano pequeña y temblorosa, y, mirándole á la cara con ojos que parecían escudriñar los rincones del alma, trató de hablar; pero sólo pudo proferir esta única palabra: *Anata?* (1) Casi en el mismo instante, su débil puño se abandonó, sus ojos se cerraron acompañados por una extraña sonrisa, y antes de que pudiese adelantar los brazos para sostenerse, se abatió. Él trató de levantarla. Pero algo en aquella vida delicada se había roto. Estaba muerta.

Naturalmente, allí fué el espanto, y las lágrimas, y las inútiles invocaciones de su nombre, y las grandes carreras en busca de doctores. Pero ella yacía blanca y silenciosa y bella, todo el dolor y la cólera ausentes de su rostro, y sonriente como en el día de su boda.

Llegaron dos médicos del hospital público, dos cirujanos militares japoneses. Hicieron sin ambages preguntas crueles, preguntas que hendieron las entrañas del hombre hasta el fondo del corazón. Después le dijeron la verdad fría y dura como acero afilado, y le dejaron solo con su muerta.

La gente se admiró de que aquel hombre no se hiciese sacerdote, justa manifestación de que su conciencia había despertado. Por el día, se sentaba entre sus fardos de seda de Kyoto y sus tejidos estampados de Osaka, grave, silencioso. Sus dependientes le tenían por un buen principal; nunca hablaba con rudeza. Trabajaba además por la noche, y había cambiado su residencia. La linda casa donde había vivido Haru estaba

(1) Tú.

ocupada por gentes extrañas; y el dueño no la visitaba nunca. Quizá porque podía ver allí una sombra sutil, arreglando aún las flores, ó inclinada, con la gracia del iris, sobre el pez de oro del estanque. Pero donde quiera que iba á buscar reposo, en las horas de silencio, veía la misma presencia muda de otros tiempos, cerca de su almohada, cosiendo, arreglando, embelleciendo cariñosamente los vestidos que él se puso un día para hacerla traición. Y otras veces, en los momentos de mayor tráfago de su vida de negocios, entre el clamor los grandes comercios, entre los signos de su libro mayor, se destacaba una pequeña voz quejumbrosa, á la cual los dioses negaban el silencio, y pronunciaba en la soledad de su corazón, en tono de pregunta, esta única palabra: «*Anata?*»

Lafcadio Hearn (*)

(Del libro *Kokoro* (Corazón), edición española de la casa Jorro, Madrid, 1907.)

CRÍTICA Y BIBLIOGRAFÍA (*)

✓ **L'exil de Rama** DE VALMIKI.—Estracto hecho por Rosny y publicado en la *Colección Guillaume*.

Como un Ganges, como un Amazonas fluyen las grandiosas aguas de la poesía del *Ramayana*. Su lecho magestuoso tiene un período geológico de duración y los peregrinos que se han detenido á contemplarlo han visto reflejarse en él los gigan-

(*) Yanki, contemporáneo. Es un admirable y delicado observador de la vida íntima japonesa. Léanse sus preciosos libros *Kokoro* y *Kwaidan*.

(*) Serán objeto de examen y de discusión—si es preciso—las obras que los autores ó las casas editoras nos envíen á la casilla 533. San José, Costa Rica.

tescos animales del Zodiaco, eternos y nuevos, los cielos espléndidos rayados por las hojas de palma que llevan en sus alas las águilas, por las alas de las palomas, por las sondas diminutas de las golondrinas; han escuchado los vastos rumores de esas aguas caminando hacia un océano inencontrable. Cada época envía sus peregrinos, que nunca son los mismos; ni las águilas, ni las palomas ni las golondrinas ni los rumores ni los cielos son los mismos. Todo ha cambiado, sólo queda inmutable el lecho imponente por donde nuestra imaginación pone á correr también sus aguas.

La magestad de las obras maestras de la antigüedad consiste en eso: las nuevas generaciones infunden el soplo de su vida en las expresiones de la sabiduría de los antiguos, que resultan contemporáneos de nuestras ansias ó de nuestros ideales de belleza y de bondad.

Constituye uno de los más poderosos encantos de la vida encerrarse por unos momentos en un jardín de soledad, en la compañía de una obra maestra, á detener ante nuestros ojos, por las alas, el vuelo de las horas de otras vidas que pasaron sobre la tierra. Y crece aún el encanto si los pensamientos que se escribieron doblemente hicieron derramar las lágrimas de los ojos que contemplaron el sol hace cerca de cuarenta siglos.

Tal es ese episodio, *El Destierro de Rama*, de uno de los más solemnes poemas de la raza de los Arias, el *Ramayana*.

M. Rosny ha extractado de la obra colosal ese bello episodio para inspirar con él los designios de leerla por entero.

Y creo que ha realizado sus deseos.

Ravana, un genio del mal, en compañía de otros como él ha combatido contra los dioses y ha sido derrotado. Pide una gracia á Brahma, la invulnerabilidad á los ataques de los dioses, que, concedida, le sirve para desafiarles con insolencia; sabe que no le matarán. Alarmados los dioses impetran de Brahma el auxilio. Se acuerda que Ravana morirá á manos de un hombre, ya que no puede

morir á manos de los dioses. Ese hombre será Rama, hijo del rey Dazarata, cuyo trono se asienta en Ayodhya. Rama, encarnación de Vixnú, adquirió sólidas virtudes. En la Corte del rey Gianaki conoció á Sita con quien casó. Vuelto á Ayodhya, resolvió su padre elevarle al trono; pero el día mismo de la coronación, Kekeyi, una de las esposas de Dazarata, consigue el destierro de Rama, el cual deberá vivir en la espesura de las selvas por espacio de catorce años.

Aquí comienza el episodio. El viejo rey Dazarata hace venir á Rama, hermoso como un dios, para anunciarle sus designios, antes que su espíritu se debilite, «porque el espíritu de los ancianos es incierto.» Kanzalya, madre de Rama y Sita, su esposa, experimentan una profunda alegría al escuchar las nuevas que les lleva el mismo Rama. La ciudad de Ayodhya está de fiesta y tumultuosa, «semejante á las ondas del océano cuando son surcadas por la muchedumbre de las bestias de las aguas.»

El viejo Dazarata, por su parte, se dirige á la cámara de Kekeyi, una de sus más jóvenes reinas, madre de Bharata. La encuentra abatida, echada en tierra. Y mientras ella solloza, él la acaricia y le ofrece hasta su propia vida para devolverle á su reina la alegría. Dazarata se halla en ese período de la existencia en que un último amor, como una lámpara potente, está pronto á quemar la savia final de un organismo. Comprende la maldad de aquella mujer, pero se halla atado á su capricho por los hechizos invencibles de la carne agitada con el postrer estertor sensual de la senilidad. Cuando Kekeyi le demanda el exilio de Rama y la coronación de Bharata, el alma de aquel rey, convulsa, pretende resistir en vano. Dos veces se desvanece, pero al fin, todo avergonzado, humillado cede. Kekeyi, en su presencia, ordena el destierro de Rama. Invoca su lealtad para que ayude á su padre Dazarata á cumplir su palabra empeñada en otro tiempo y Rama le responde:

«Que así sea! Con mi traje de corteza, y los

cabellos desgreñados, iré á las selvas para no dejar mentir la palabra de mi padre. Pero que me dé él mismo la orden. Que se digne decir él en persona sus deseos á su esclavo é hijo. Es mi padre, mi señor, mi rey, mi divinidad. Obedeceré sus órdenes, iré á los bosques. Me atormenta sólo un deseo: que el rey mismo me anuncie la coronación de Bharata. Con gusto se lo cederé todo á Bharata, á mi hermano magnánimo pero con cuánto mayor placer si la orden me viniése de mi padre. Que esté tranquilo el rey: partiré sin tardanza. Que sea dichoso mi hermano. Que vayan los mensajeros á buscar á Bharata... en breve partiré por la orden de mi padre ó por la tuya, Kekeyi! Llevo el alma contenta.»

Kekeyi envía los mensajeros y excita á Rama á partir pronto. El rey, incapaz de decir una palabra, desfallece una vez más. Rama responde al mandato de la reina: «No quiero las riquezas, no anhelo la corona; es sincera mi palabra y mi alma leal: por qué desconfías de mí? Obedecer á las órdenes de mi padre es, á mis ojos, superior á todo, salvo al deber! Partiré, sin embargo, reina mía, aun sin la palabra de mi padre... estaré catorce años en los bosques por una palabra tuya. Me estimas poco generoso si crees que debes hablar en nombre del rey en favor de Bharata. A una palabra tuya estoy pronto á darlo todo á mi hermano. En cuanto haya dicho adiós á mi padre y á mi esposa, me iré á los bosques. Está tranquila!» Y después de prosternarse ante su padre y ante la odiosa Kekeyi, se alejó.

A la ciudad entera, que le aclama cuando sale del palacio, responde con sonrisas. Se va á su madre, la cual, ebria de gozo, le saluda deseándole felicidad. Rama le cuenta su desgracia y cuando ella, tras unos momentos de inconsciencia, vuelve en sí, se rebela ante el dolor y aconseja á su hijo la desobediencia, «No obedezcas á la orden de tu padre turbado por el amor!,» y Lakkmana, el cariñoso hermano de Rama, también rebelde, aconseja la resistencia. A su madre y á su hermano Rama responde que al ejemplo de

los que han sabido obedecer, debe someterse... «preciso es seguir el camino de los hombres de bien; yo cumpliré el juramento de mi padre... Abandona, Lackmana, un pensamiento poco noble y concibe el deber.» Luego, juntando sus manos en actitud de ruego, dice á su madre: «Déjame partir, madre mía, déjame cumplir la orden que he recibido de mi soberano, dame tu consentimiento... En esta vida humana, tan estrecha, quiero el deber por mi objeto y no la grandeza sin el deber. Concédeme lo que te pido. Es necesario que parta hacia la soledad y las selvas, á fin de obedecer á mi padre.» La madre lo estrechó contra su pecho.

Lackmana ensaya una vez más disuadirlo alegándole que oponerse á la iniquidad no es una falta, pero cuando Rama se le muestra una vez más inflexible, le ruega que le permita acompañarlo, con tales frases de afecto que Rama conmovido acepta la compañía.

Sita, que todo lo ignora, espera dichosa á Rama, su esposo. Cuando este le cuenta su infortunio, ella, herida, replica:

—«Todo ser crea su bien y su mal con sus propias acciones; un padre no es recompensado por la virtud de su hijo, ni un hijo por la de su padre. Solo la esposa abnegada participa de la dicha de su marido. Te seguiré pues, por donde quiera. Sin tí no quisiera ir ni al cielo. Eres mi señor, mi alegría, mi divinidad. Iré delante de tí á la selva impenetrable; el desierto, contigo, es preferible á los palacios, á la corte de los reyes y á los carros de los dioses.

«Entre los bosques habitados de los leones, los tigres, los elefantes, los jabalíes, estaré contenta de abrigarme á tus pies... Sí, será mi ventura seguir tus pasos en las perfumadas soledades. Defendida por tí visitaré los ríos, los lagos y las montañas. Qué deleite no será bañarnos en las aguas claras en las que los cisnes y los patos se regocijan entre los lotos. Cuanta dicha la de vivir juntos en las soledades umbrías, embalsamadas por las flores!... Junto á tí, los millares de

años me parecerían un día; el infierno mismo, con Rama, se cambiaría en el cielo!...»

Rama comprende cuanto amor, cuanta abnegación hay en los sentimientos de Sita, pero se cree en el deber de traer ante los ojos de su compañera todos los peligros, las privaciones que la esperarían en la soledad.

Sita, profundamente abatida, le responde: «Noble esposo mío, esas penas me serán placeres. No temo los leones, ni los tigres, ni las bestias que me has mostrado como temibles. Qué puede espantarme cuando junto se halla tu brazo para defenderme! Necesario es que te siga á la selva ó que renuncie á la vida: una mujer sin su marido es como una muerta... Los brahmas me han dicho que sería mi suerte habitar entre selvas desiertas... Llévame contigo... Me han enseñado los brahmas que si una mujer sigue á su marido como su sombra, caminando si camina, deteniéndose si se detiene, le seguirá aun al otro mundo como en este.»

Hablaba con los dulces violines de su voz. Mas viendo á Rama que duda, se indigna y reclama su derecho á seguirlo y luego, nuevamente, poniendo seda en el acento de la voz, añadió: «Te aseguro que las selvas, contigo, serán una morada deliciosa. No advertiré las fatigas del camino y nuestros lechos de hojas y de yerbas me parecerán tan tibios y muellés como de pieles finas. La polvareda me será tan agradable como los polvos del santal; la yerba tierna me será un grato asiento.

«Ningún recuerdo me importunará cuando habite á tu lado, contenta de comer contigo las frutas y las raíces. No pienses, héroe mío, que te sobrevendrá algún pesar á causa de tu esposa... Si te niegas á llevarme contigo me envenenaré á tu vista.»

«Y la hija encantadora de Djanaka se echó á los pies de Rama exclamando con una voz conmovedora:

—«Sálvame, tómame.»

«Lloraba allí, anonadada, desfallecida entre so-

llozos. Con el corazón conmovido Rama no pudo contener sus lágrimas. Se deslizaban de sus ojos como el rocío sobre los lotos. Alzó con dulzura á su mujer amada y le habló tiernamente:

—«Tampoco yo, mujer adorada, hallo en el cielo encanto alguno sin tí. Pero no puedo dejar de cumplir el primero de los deberes de los hombres de bien, la obediencia á mi padre. Mi arrobadora Sita, si te he dicho á tí que reunes todos los hechizos de la belleza que no te llevaría conmigo es porque deseaba asegurarme de tu resolución. Esposa mía, puesto que tu amor no teme los peligros de las selvas, me es tan imposible abandonarte como lo es al héroe abandonar la gloria. Ven, sígueme, amada mía. No haré nada que no te plazca. Regala nuestros vestidos y nuestros adornos á los brahmas y á nuestros protegidos. Después, cuando hayas dicho adios á quienes tu debes respeto, vente conmigo, deliciosa hija de Djanaka.»

«Entonces llena de alegría, Sita distribuyó entre los brahmas y los protegidos sus trajes, sus adornos y sus riquezas.»

La ciudad entera está de duelo. Dazarata, afligido, gemebundo, se halla irresoluto junto á aquella malvada mujer. Cuanda ve á Rama resuelto á partir, quiere acompañarle, dejar sola la ciudad, pero Rama se lo impide. Se niega á permanecer allí una noche más; «ha expulsado de su presencia el placer.» Quiere el rey darle una escolta y Rama replica: «Para qué? Ya no tengo nada que guardar. Con un vestido de corteza, un azadón, un cesto y dos cuerdas tengo bastante para vivir en la soledad.»

La reina Kekeyi trajo el vestido de corteza y lo dió á Rama, que sin vacilar se lo puso. Lackmana hizo como él. Sita, á la vista de ese traje se puso á temblar. Pero también lo vistió y después de haberse despedido, los desterrados se alejaron seguidos por la muchedumbre.

En el lindero del bosque se encontraron solos. Las reflexiones de Rama son dolorosas: «Sin duda, en una vida anterior mi madre ha separado á

una madre de su hijo... por eso en castigo ha sido separada del suyo.»

Contemplando la naturaleza, en conversación con algún asceta, en la penitencia, Rama y sus compañeros Sita, Lackmana, apenas si sienten deslizarse el tiempo. Bharata hace llamar á Rama, pero éste se niega porque no han transcurrido los catorce años. Y hasta aquí el episodio.

La epopeya comienza cuando Ravana, excitado por una mujer á quien Rama no quiso apartar, roba á Sita y la transporta á Lanka (Ceilán) en donde ese mago ejercita su gobierno. Rama, aliado á los ejércitos de osos y de monos, se lanza contra Ravana, construye un puente sobre el brazo de mar que separa la isla del continente y cae sobre el mago Ravana á quien destruye.

La lectura de este bello episodio del *Ramayana* además de las gratas emociones estéticas que deja en nuestro ánimo, nos permite reconocer en él un documento interesante para la historia de los sentimientos de la raza de los Arias.

Es corriente la afirmación de que los sentimientos caballerescos, el honor, la lealtad á la palabra empeñada, el respeto á la mujer, importado en Europa por el cristianismo, se desarrollaron y florecieron durante la Edad Media. En lo que hay seguramente el desconocimiento de que una religión es impotente para crear un sentimiento en el corazón del hombre, el cual lleva en sí de un modo virtual, todas las posibilidades, toda la gama de las noblezas, todas las grandezas y miserias con que se sublima ó se envilece la humanidad. Rama, originario de una región hiperbórea, en donde las sacerdotisas druidas practicaban los sacrificios humanos, de pronto, impulsado por el curso de los acontecimientos, hubo de expatriarse con sus numerosos amigos y partidarios y buscar refugio en regiones distantes que le permitieron la conquista de la península meridional del Asia. Una obra de semejante magnitud no puede cumplirse sino es desarrollando en quienes la ejecutan todas las virtudes generosas que hacen estable el compa-

ñerismo, la solidaridad, la fraternidad entre los individuos de la raza. Cuando así no sucede, sobreviene la bancarrota final del imperio de un Alejandro.

Cuando los Arias, llegados de los países hiperbóreos, fueron capaces de concretarse al estudio de lo que llamaríamos hoy ciencias morales, concibieron el amor al deber como uno de los más altos ideales del hombre perfecto. La fidelidad conyugal, la lealtad á las promesas empeñadas, lo que llamamos dignidad y respeto de sí mismo, lo poseían los Arias de la época del *Ramayana* como un distintivo de sus héroes, como una superior aspiración de todos los mortales.

Tales sentimientos, pues, los habían desenvuelto en alto grado los primitivos antecesores de los pueblos indo-europeos. Si más tarde, la frecuencia de las guerras acabó por hacer olvidar algunos de ellos, no desaparecieron del todo. La Edad Media no creó, desenterró y puso ante los ojos del mundo entero las solemnes grandezas que hoy respetamos con los nombres de honra y dignidad humana.

Roberto Brenes Mesén

Mayo, de 1908.

✓ **Sin virtud no hay democracia**

No hace falta mucha probidad para que un gobierno monárquico ó uno despótico se conserve ó se sostenga. La fuerza de las leyes en uno; el brazo siempre alzado del príncipe, en el otro, todo lo arregla y contiene. Pero en los Estados populares se necesita un resorte más, y éste es la *virtud*.

La historia entera confirma mi aserto, que es, por otra parte, conforme á la naturaleza de las cosas. Es claro, en efecto, que en una monarquía, donde el que hace ejecutar las leyes se juzga su-

perior á ellas, se requiere menos virtud que en un gobierno popular, en el cual el que hace ejecutar las leyes comprende que está sometido á ellas y soporta su peso.

Es también evidente que si un monarca, por falta de consejo ó por negligencia, tolera que no se ejecuten las leyes, puede fácilmente reparar el daño: bástale para ello mudar de consejo ó corregirse de su incuria. Pero cuando en un gobierno popular caen las leyes en el olvido, como esto sólo puede provenir de la corrupción de la República, está ya perdido el estado.

Fué en el siglo anterior (1) espectáculo bastante curioso el contemplar los esfuerzos impotentes de los ingleses para establecer entre ellos la democracia. Careciendo de *virtud* los que intervenían en los negocios, irritada su ambición con el éxito del más audaz, (2) no reprimido el espíritu de una facción sino por el de otra, el gobierno se mudaba de continuo: el pueblo atónito, buscaba la democracia sin encontrarla en ninguna parte. Al cabo, tras muchos movimientos, choques y sacudidas, hubo de pedir su reposo al mismo Gobierno que había proscrito.

Cuando Sila quiso devolver la libertad á Roma, ésta no pudo recibirla; no le quedaba ya más que un débil resto de *virtud*, y como cada día tuvo menos, en vez de despertarse después de César, Tiberio, Cayo, Claudio, Nerón, Domiciano, fué cada vez más esclava; todos los golpes hirieron á los tiranos, ninguno á la tiranía.

Los políticos griegos que vivían bajo el gobierno popular no reconocían otra fuerza capaz de sostenerlo sino la de la *virtud*. Los políticos del día no nos hablan más que de manufacturas, comercio, rentas públicas, riquezas y hasta lujos.

Cuando cesa la *virtud*, la ambición entra en los corazones que pueden recibirla, y la avaricia en todos. Los deseos cambian de objeto; no se ama

(1) Se refiere el autor al siglo XVII.

(2) Cronwell.

ya lo que se amaba; los hombres eran libres con las leyes y ahora quieren serlo contra ellas; lo que era máxima se llama rigor; lo que era regla, traba; lo que era atención, temor. La frugalidad es entonces avaricia y no deseo de adquirir. Antes, la fortuna de los particulares formaba el tesoro público; ahora, el tesoro público es patrimonio de los particulares. La república es un despojo, estando reducida su fuerza al poder de algunos ciudadanos y á la licencia de todos.

No tenía Atenas más fuerzas en su seno cuando dominó con tanta gloria que mientras sirvió con tanta ignominia. Veinte mil era el número de sus ciudadanos cuando defendió á los griegos contra los persas, disputó el imperio á Lacedemonia y atacó á Sicilia. Veinte mil eran aquellos cuando Demetrio Falerio los contó como en un mercado se cuentan los esclavos. Cuando Filipo osó dominar á Grecia, cuando presentóse ante las puertas de Atenas, no había ésta perdido aún más que el tiempo. Puede verse en Demóstenes el trabajo que costó sacarla de su sueño: temía en Filipo, no el enemigo de la libertad, sino de los placeres. Aquella ciudad, que había resistido tantas derrotas, que se había visto renacer varias veces de sus escombros, fué vencida para siempre en Queronea. Qué importa que Filipo devuelva los prisioneros? No son hombres los que devuelve. Era tan fácil triunfar de las fuerzas de Atenas, como difícil triunfar de su virtud.

Montesquieu (*)

(De *El Espíritu de las Leyes*.—Envío de don Claudio González Rucavado.)

(*) Carlos Secondat, barón de Montesquieu, pensador francés, original y fuerte. Vivió en el siglo 18. Lean los jóvenes sus *Cartas Persas* y sus dos estudios políticos *Grandeza y Decadencia de los Romanos* y *El Espíritu de las leyes*: en todas hallarán ideas precisas y luminosas para la meditación.

✓ La voz del pueblo

Fuimos la enorme y funeral canalla,
la que en los vastos campos de batalla
derrama delirando su heroísmo
para que triunfe el rey que la avasalla
y viste su rencor de patriotismo;
fuimos la enorme y funeral canalla
que ofrece su sonrisa á la metral/a.

Fuimos la multitud ciega y vencida
que de los campos y los bosques cuida;
la que en los rudos llanos sin desdoro,
para engordar al grupo que la olvida
prepara el fruto y las espigas de oro;
fuimos la multitud ciega y vencida
que muere de hambre y que reparte vida.

Fuimos la oscura plebe fascinada
que en la nave del templo arrodillada
se resigna al horror de su destino,
y que ante el oropel de la fachada
inclina su humildad y abre camino;
fuimos la oscura plebe fascinada
que adora la injusticia consagrada.

Fuimos el triste y colosal rebaño
que entorpecido por un sueño extraño
construye los palacios inauditos,
el que sufre y trabaja todo el año
para aumentar el bien de los ahítos;
fuimos el triste y colosal rebaño
sumido en las tinieblas de su engaño.

Fuimos el nervio, la pasión, la brava
bestia que arrastra el peso que la enclava,
la que aparta los montes, el atleta
que con potentes músculos socava
las oscuras entrañas del planeta;
fuimos el nervio, la pasión, la brava
fuerza dueña del mundo y de él esclava.

Pero hoy aquella sierva escarnecida
á los esclavos del dolor convida
á conquistar con su porción de holgura
la gloria inmarcesible y merecida

de hacer del mundo un oasis de ventura;
pero hoy aquella sierva escarnecida
puede, en un gesto, renovar la vida...

Vamos hacia la cumbre donde ondea
el estandarte rojo y nuestra idea...

Vamos á libertar á los humanos
y á difundir la aurora que clarea
sin tasa para todos por los llanos...

El estandarte que en la cumbre ondea
signo de paz y de concordia sea!

✓ Los obreros

Bajo la aurora roja que clarea,
por el camino blanco de la aldea,
desfilan los obreros en cuadriga...
resignados y mudos, los colosos,
dejan colgar los brazos poderosos
al azar de la marcha y la fatiga...

Tienen perfiles anchos y salientes,
el cabello les cae sobre las frentes,
las espaldas son bloques de cantera,
y cuando están dispersos y distantes
se recortan al sol como gigantes
que marchan al asalto de una hoguera.

Ante ellos, entre tules de neblina,
alzan las chimeneas de la usina
sus dos brazos de sangre coagulada,
y en la amarga tristeza del paisaje
aquella oscura muchedumbre en viaje
parece una gran fuerza maniatada.

Deja tras ella muerto el caserío
donde tiritan de dolor y frío
las mujeres, los niños, los ancianos...
...Al obrero que vuelve la cabeza
se le anegan los ojos de tristeza
y se le crispan sin querer las manos...

Pero por sobre el ala de amargura,
que cubre como un techo la llanura,
flota una claridad deslumbradora...
Es la esperada redención que viene:

entre las manos, como cetro, tiene
las fulgurantes llamas de la aurora.

Y la oscura y doliente caravana
entonando los cantos de mañana
entra á su cueva negra de dolores,
como una tempestad hecha poeta
que estallará al final sobre el planeta
en una colosal lluvia de flores.

✓ Sol de sangre /

Por inmensos caminos solitarios,
huyendo de ignorados campanarios,
los peregrinos van,—faltos de aliento.
Y de aldeas siniestras y lejanas
les saludan, al paso, las campanas,
con notas que cabalgan sobre el viento.

El horizonte bajo el sol se dora,
manchado por la sangre de una aurora
que se teme á la vez y que se espera;
las nubes se amotinan y se empujan
y, como buitres, al huír, se estrujan
en el espanto de la noche huera.

Tiembla y cede la tierra bajo el peso,
se abre un abismo en el dintel del beso
y todo es sepulcral, como una luna;
sólo se oye el rumor sordo y la queja
de aquella muchedumbre que se aleja
con fatigas de mar, hacia su cuna.

En la sangre del sol busca su origen;
torvos y extraños sentimientos rigen
su reflujo fatal hacia la aurora;
y jadeante, vencida y sin aliento,
se arrastra, latigueada por el viento,
royendo el amargor que la devora.

Y mañana al triunfar, cuando derribe
la absurda sociedad que la prescribe,
brillará como un sol á nuestros ojos.
Sus pupilas extrañas y dementes,
empapadas en púrpuras ardientes,
parecerán dos corazones rojos.

Sus manos, impacientes de batalla,
removerán la gigantesca hornalla
donde alimenta el sol sus encarnados
y, en la ruda apoteosis del incendio,
la plebe se alzaré como un compendio
de todos los sollozos ignorados.

Manuel Ugarte ()*

(Del libro *Vendimias Juveniles*, recientemente editado por la casa de Garnier Hermanos, París.)

√ Aprender haciendo

La enseñanza no debe ser memorizante. No siendo así tiene que ser experimental.

Los ingleses de todo tiempo, y á última hora los alemanes, han llegado á la misma conclusión, sin teoría preconcebida alguna y por la pura observación de los hechos.

El escaso valor del aprendizaje de memoria desde hace mucho tiempo se ha comprendido. «Saber de memoria no es saber» ya lo decía Montaigne.

«Cuando un niño—dice Kant—no practica una regla de gramática, poco importa que la recite.» «El mejor modo de aprender, continúa el gran filósofo, es hacer. Quien de cualquier manera aprende por sí mismo, aprende con más solidez y retiene mejor.» El método memorizante consiste en enseñar oralmente ó sobre libros; el método experimental desde el primer momento coloca al alumno en contacto con las cosas y sólo más tarde expone las teorías. El primero es el único adoptado por los latinos, el segundo por los anglosajones. Los jóvenes latinos aprenden una lengua con una gramática y diccionarios y jamás la hablan. Aprenden la física ú otra ciencia cual-

(*) Sobresale entre los escritores actuales de la República Argentina.

quiera por libros y jamás saben manejar un instrumento de física. Si llegan á ser capaces de aplicar sus conocimientos, es porque han tenido que rehacer toda su educación. Los jóvenes anglosajones no abren nunca ni gramáticas ni diccionarios, aprenden una lengua hablándola. Aprenden la física manejando los instrumentos respectivos, una profesión cualquiera, la de ingeniero por ejemplo, practicándola, es decir, comienzan como aprendices en un taller ó al lado de un constructor. Enseguida vendrá la teoría. Con estos métodos tan sencillos, los ingleses han creado esa falange de sabios y de ingenieros que van á la cabeza en el mundo.

De ningún modo soy un utilitarista, por lo menos no lo soy hasta el punto de querer, como algunos, que sólo se enseñe á los niños aquello que sea inmediatamente útil. Lo que yo exijo á la instrucción y á la educación es *que desarrolle el espíritu de observación y de reflexión, la voluntad, el juicio y la iniciativa*. Con estas cualidades triunfa siempre el hombre en todo lo que se meta y aprende lo que él quiere cuando sea preciso. No me importa saber como adquirirá tales cualidades. Si se me demostrara que con la composición de versos latinos y de temas griegos ó sanscritos se alcanza esta adquisición, seré el primero por desdicha, demuestra que los versos, los temas y las recitaciones no sirven más que para hacer perder á los niños inútilmente su tiempo.

Por lo tanto, si defiendo la enseñanza experimental, es porque ella es la sola que puede enseñar á observar, á reflexionar y á razonar. No se necesita razonar mucho para aprenderse de memoria una lección y hay que razonar muy poco para fabricarse un discurso compuesto de reminiscencias. Mientras se necesita razonar con precisión y haber adquirido este hábito para hacer correctamente una experiencia.

Queriendo resumir en una sola palabra las diferencias psicológicas fundamentales que separan la enseñanza latina de la sajona, podría decirse

que la primera descansa únicamente en el estudio de los libros, mientras que la segunda reposa exclusivamente en la experiencia. Los latinos creen en el todo poder educativo de las lecciones, mientras que los ingleses no creen por nada en él. Estos últimos desean que el niño, desde el comienzo de sus estudios, sobre todo se instruya con los hechos.

*Animo vivamente á los jóvenes—*escribe Blakie, profesor en la Universidad de Edimburgo—*para que comiencen sus estudios con la observación directa de los hechos, en vez de limitarse á las exposiciones que hayan en los libros... No son los libros las fuentes originales y reales del conocimiento; es la vista misma, la experiencia, el pensamiento, el sentimiento, la acción personal. Cuando un hombre entra en la vida fortificado de este modo, los libros podrán servirle para llenar esta ó aquella laguna, corregir algún descuido, fortificar los puntos débiles; pero sin la experiencia de la vida, los libros son como la lluvia y el rayo solar caídos sobre una tierra que ningún arado ha rasgado nunca.*

Las consecuencias de ambos métodos pueden juzgarse por los resultados que de ellos se obtienen. Los jóvenes ingleses, al salir del colegio, no tienen dificultad para encontrar su camino en la industria, las ciencias, la agricultura y el comercio. Mientras que nuestros bachilleres, licenciados, ingenieros no saben más que ejecutar demostraciones en el papel. Algunos años después de haber concluido su educación, han olvidado por completo su inútil ciencia. Si el Estado no los emplea, se quedan sin posición social. Si se dedican á la industria, se les acepta sólo en los empleos ínfimos, hasta que hayan tenido tiempo de rehacer por completo su educación, sin lo cual no triunfarán jamás. Si escriben libros, no serán éstos más que repeticiones destañadas de sus manuales, tan pobres en la forma como en el fondo.

Actualmente talvez no haya un profesor de la Universidad entre ciento á quien no le parezcan absurdas tales ideas. La enseñanza por libros, aun para las nociones más prácticas, como la

agricultura por ejemplo, les parece la única posible. El mejor alumno, así sea de un liceo, de una politécnica, licenciado, ó alumno de la Escuela Central, de la Escuela Normal ó de otra cualquiera, es aquel que recita mejor sus manuales.

Algunas experiencias hechas á distancia, algunas breves manipulaciones son en la Universidad más que suficientes para hacer una educación experimental. Todo aquello que aun de lejos se parezca á trabajo manual, es tenido en desprecio. Provocaríamos una sonrisa de piedad entre la mayoría de los profesores universitarios si les aseguráramos que cualquier trabajo experimental, por poco importante que sea, ejercita más el razonamiento que la recitación de todos los tratados de lógica y que solo experimentando es como se crean las asociaciones mediante las cuales los conceptos se fijan en el espíritu. Mucho se sorprenderían si se tratara de persuadirles de que un hombre que conoce bien un oficio tiene por este solo hecho, más capacidad reflexiva que el más perfecto retórico de los que fabrica la Universidad. A la lectura de todos los manuales, preferiría, para formar el espíritu, esos libritos de que se sirve el gran físico Tyndall para enseñar á los alumnos á hacer, con el material que tienen á mano, las más delicadas experiencias científicas; se entiende que esos libritos servirán al alumno para verificar las experiencias que en ellos se indican y no para que se los aprendan de memoria. Con el trabajo manual se obtiene más habilidad de espíritu que de manos.

No hay que suponer que las llamadas ciencias experimentales sean las únicas que pueden enseñarse experimentando. No, la historia, la geografía, la moral, etc., en una palabra, todo lo que forma parte de la instrucción y de la educación, puede y debe enseñarse del mismo modo.

La experiencia debe preceder á la teoría. Esto es de absoluta importancia capital. La geografía, por ejemplo, no debe enseñarse sino hasta que el alumno, provisto de un papel cuadriculado, de un lápiz y de una brújula de bolsillo, haya hecho

el mapa de los sitios por él recorridos en sus excursiones y aprendido así á comprender la configuración del terreno, á pasar de la vista en perspectiva del suelo—la única que el ojo puede darle—á su representación geométrica.

Cuando las nociones no puedan ser adquiridas por la inteligencia mediante el método experimental directo, es preciso sustituir los libros por la representación gráfica de lo que describen.

Un alumno que haya visto en proyecciones, en fotografías, ó en las colecciones de los museos, los restos de las antiguas civilizaciones, habrá adquirido de la historia una idea tan clara y durable como no la habría adquirido leyendo las descripciones de los mejores libros.

Los ingleses y los alemanes han caminado ya mucho en este sentido y es por esta razón por la que su enseñanza es generalmente muy buena, aun cuando sus programas sean casi idénticos á los nuestros.

Para inculcar las nociones y los principios que constituyen la instrucción y la educación del individuo, únicamente recomendamos el método experimental. Solo con él se consigue que se haga espontáneo aquello que es fruto de la meditación y que se formen verdaderos hombres.

Dr. Gustavo Le-Bon ()*

(De la *Psychologie de l'Education*, págs. 195 á 200.—Ernest Flammarion, Editor. París. 1902).

La Ciencia y la Moral

La Ciencia se propone dar al pueblo las maneras de vivir desde luego, y por consecuencia de desarrollarse intelectualmente, libertándolo de las antiguas servidumbres de la pobreza. Pero

(*) Eminente físico. escritor y filósofo francés contemporáneo.

hay otras miras en la ciencia, miras más altas, me refiero al liberamiento de los dogmas impuestos, á la libertad de pensar, que precisamente es un resultado de la educación científica. Agregaré que la ciencia es también la más grande escuela moral que hay. Insisto en esta afirmación.

Muy amenudo se ha dicho y hasta se ha repetido entre ciertos hombres, que son las religiones las fundadoras de la Moral en la humanidad. Esto es un error histórico. Las antiguas religiones casi eran extrañas á la moral. Si se invocaba el poder de los dioses mediante fórmulas, oraciones y sacrificios, era con propósitos de interés personal, en los que la moral, por lo común, nada tenía que ver. La moral no ha entrado en las religiones sino muy tarde, por la reflexión de los filósofos, es decir, por la razón humana que ha sido su verdadera fundadora.

En la misma religión cristiana, la moral no ha sido introducida sino como consecuencia de las enseñanzas de los filósofos griegos: esto es algo que ha sido demostrado muchas veces.

Sí, la reflexión laica de los filósofos griegos separó la Ciencia de la Religión y como consecuencia de sus meditaciones y preceptos, la moral ha sido fundada y establecida científicamente en el mundo. El papel educador de la ciencia no se ha concluído por eso; gracias á ella la moral se purifica más y más, desembarazándose de añejas supersticiones: peregrinaciones, invocaciones á los santos y á los dioses, amenudo con fines opuestos á toda moral. Al mismo tiempo la moral trabaja sobre todo en pro de la utilidad social y humanitaria.

La Ciencia es la verdadera escuela moral, declarémolo en voz alta: enseña al hombre el amor y el respeto á la verdad, sin la cual toda esperanza es un sueño. La Ciencia enseña al hombre la idea del deber y la necesidad del trabajo, no como un castigo, sino por el contrario, como el más elevado empleo de nuestra actividad: la idea de la solidaridad de unos hombres para con otros se debe sobre todo á la Ciencia.

Entiéndase, no es que proclamemos jamás dogmas infalibles, que estanquen todo progreso humano, pues la ciencia es una cosa sucesiva; los sabios de cada época no son más que sus representantes efímeros. La ciencia está constituida por una serie de progresos, de desarrollos sucesivos: como decía Pascal refiriéndose á la humanidad, la ciencia se parece á un hombre que ríe siempre, y yo agregaría, que se rejuvenece siempre.

Cada sabio ayuda á construir el edificio siempre más grande, este edificio de la solidaridad, en el que todos los hombres de una generación reconocen su deuda para con las generaciones precedentes; en el que todos los hombres de la generación actual deben adquirir capacidades, apoyarse unos en otros, y consagrarse al desarrollo moral y material de las generaciones que vienen. La modestia personal y la devoción por la verdad y por la humanidad son por excelencia las virtudes científicas.

Marcelino Berthelot (*)

La Moral sans Dieu, La Revue.—5 de noviembre 1905.

El Periodismo

—Los señores que han escrito esos artículos que acabamos de leer son sinceros?

—Me haces una pregunta difícil, hijo mío. Tal vez hoy lo sean, algunos, por lo menos. Es preciso ser muy indulgente. Son muy pocos los hombres que reflexionan... La verdad necesita que uno suspenda su juicio, que uno se haga interrogaciones concienzudas, largas, difíciles amenuendo... la mayor parte de las personas no tienen tiempo para eso, los periodistas sobre todo.

Y entre los que tuvieran tiempo, habría pocos

(*) Ilustre químico, filósofo y escritor francés.

que querrían reflexionar; este esfuerzo les repugna. Es tan cómodo dejarse arrastrar por los prejuicios, por las pasiones sobre todo si con eso se halagan las pasiones y las decisiones del medio en que se vive, de la clientela! Por otra parte es tan bueno exagerar, insultar, gritar, vilipendiar! Esto da la ilusión de la fuerza...

—No se salvará la nación francesa del odio que la oprime sino cuando los maestros hayan enseñado á los niños de Francia á considerar esos periodistas que son la vergüenza de la profesión con el mismo sentimiento que uno experimenta cuando se halla frente á saltimbanquis de barnacas ambulantes, en donde cada cual, con gestos exagerados y gritos ridículos, trata de atraerse la clientela.

—El hombre sensato pasa sonriendo de ver tales cosas, pero un tanto compadecido.

Julio Payot

(Les Idees de M. Bourru. p. 104.—A. Colin, editor.)

La castidad no hace daño

En lugar de restringir la libertad de una categoría, por peligrosa que sea, haced primero la educación del público; enseñad á los jóvenes el peligro que corren dirigiéndose á las mujeres públicas; mostradles que su existencia puede ser envenenada para siempre por un contacto impuro, disminuida su productividad, esterilizada su descendencia ó destinada á una muerte prematura; y decidles, que la continencia no ha hecho daño á nadie y, entonces, la profesión de vendedoras de placer desaparecerá por falta de clientela. Indudablemente que se impone esta educación de los jóvenes; es uno de los puntos más importantes y no lo olvidaremos, de la educación social.

Dr. J. Hericourt

(De La higiene moderna, José Ruiz, editor, Madrid, 1908.)

Como canje nuevo hemos recibido también los números 1, 2 y 3, año VI, de la *Nuova Rassegna de Litterature Moderne*, editada en Firenze (Italia) 63, Vía Ricasoli. Como su nombre lo indica, esta Revista da cada mes un registro de literatura internacional moderna: italiana, francesa, rumana, española, hispano-americana, provenzal, neo-helénica, inglesa, yanqui, alemana, rusa, húngara, catalana, portuguesa, albanesa, polaca, servo-croata, etc.

La sección hispano-americana está en manos de nuestro bondadoso compañero José Fabio Garnier.

En las otras secciones de la *Nuova Rassegna* hemos señalado algunas joyas literarias para traducirlas más tarde al castellano, sobre todo en las secciones neo-helénica, rumana y servo-croata.

Venezuela, periódico latino-americano, año IV, N^o 16, editado en París, por el escritor venezolano P. César Dominici. Está dedicado á dar informes sobre la conducta política del Dictador de Venezuela, Cipriano Castro.

Virya.—Año I. Nos. 1 y 2. San José. Costa Rica. Revista consagrada á estudios de teosofía, orientalismo, psicología, etc. Es bien digna de que la conozcan los hombres estudiosos que se interesan por el movimiento de las ideas en este país. Está dirigida por don Tomás Povedano y lleva este significativo lema: *No hay religión más elevada que la verdad.*

Los dos últimos números (6 y 7, año VIII,) de la *Universita Popolare*, como siempre, vienen llenos del mayor interés. Hemos anotado para traducir del número 7 un artículo notable del Dr. Binet Sanglé sobre la *Responsabilidad Penal*.

En el número 227 de *Fredon* (el último recibido) leimos con gusto el estudio de Maurice, titula-

do *Why French Revolutions of the last Century did not succeed.*

Páginas Ilustradas.—(194 á 196.)

El Foro.—Nº 12. Tomo III.

La Tipografía.—Revista quincenal, nº 1. Es el órgano de la Imprenta Comercial del señor J. Rius. San José, Costa Rica.

CONTENIDO DEL NUMERO ANTERIOR

R. BRENES MESÉN.—*Crítica y Bibliografía.* (Estudio de los *Jardines Lejanos* de Juan R. Jiménez y de *La Crisi della Scienza* de A. Loría.)

ALFREDO GÓMEZ JAIME.—*Canción de primavera.*

JOSÉ ORTIZ DE PINEDO.—*Cuento de niña.*

VICENTE MEDINA.—*Como mi niña.*

RUDOLPH BAUMBACH.—*Trudchen en el bosque.*

HELENE VACARESCU.—*El pasó...—Blancas, dulces y muertas.*

H. GHEORGHE LECCA.—*La araña.*

C. VARLENTI.—*Vigilia.—Algo me dijiste...—Arte.*

PABLO NIRVANA.—*Esclavo de la vida.*

D. CALOGERÓPULO.—*El viajero.*

R. KATALINICH JERETOV.—*El asno.—La mujer.*

ANATOLE FRANCE.—*Lo mudable de la moral.*